

Tragedia de los pueblos pobres en revolución

Luiz Carlos Bresser-Pereira

La Onda digital, febrero 2011.

Las revoluciones son siempre realizadas por el pueblo, pero, muchas veces acaba, finalmente, derrotado. Sus esperanzas jamás se confirman.

Hago esta afirmación pensando en lo que sucederá después de las revoluciones en Túnez y en Egipto, y del baño de sangre que se está produciendo en Libia.

Las revoluciones pueden ser revueltas contra el "antiguo régimen", como lo fueron la Revolución Francesa de 1789 y la rusa de 1917, o pueden ser revoluciones de unión nacional, como lo fueron las revoluciones de Bismarck en Alemania y la de Garibaldi en Italia, o pueden ser revoluciones de liberación nacional como la de Gandhi y Nehru, en la India, y la de Mao Tse-tung, en China.

Existen incluso revoluciones de afirmación nacional, como lo fue la Revolución Mexicana de 1910. ¿Pero cuándo el pueblo es, finalmente, victorioso en estas revoluciones? No es fácil responder a esta pregunta. Nunca sus esperanzas superiores se ven, efectivamente, colmadas.

Al mismo tiempo, es imposible negar que el pueblo avanzó en cada una de las revoluciones que yo cité más arriba, excepto la soviética.

Dejemos, sin embargo, a las grandes revoluciones de lado y pensemos en las revoluciones nacionalistas en los países en desarrollo - en las que tuvieron éxito como la de Kemal Atatürk en Turquía, en 1922, o en la de Getúlio Vargas en Brasil, en 1930, y en el gran número de revoluciones que, finalmente, fracasaron.

La gran tragedia de los pueblos pobres, como lo son los pueblos del Medio Oriente que están sublevándose, es que ellos sólo serán victoriosos si los nuevos gobiernos son capaces de conducir a sus países a una revolución nacional y capitalista y, por lo tanto, al desarrollo.

Pero para esto, a estos pueblos les falta una sociedad civil fuerte como la que existe en los países ricos y en los países de renta media. En el Medio Oriente, se hicieron muchas revoluciones de liberación o de afirmación nacionales, pero pocas tuvieron éxito.

Algunas fueron simplemente aplastadas por las potencias imperiales, como fue el caso de la revolución de Mossadegh en Irán, en 1955, o de Nasser, en Egipto, en 1967.

Otras, ubicadas en el extremo opuesto, no progresaron porque el político o el militar victorioso luego se asoció a las potencias imperiales y a las elites locales corruptas y también se corrompió.

Fue el caso, por ejemplo, de Ben Ali en Túnez o de Saddam Hussein en Irak. Otras incluso, como es el caso de la revolución en Libia de Gaddafi, inicialmente pretendieron ser liberadoras de su pueblo, y, por eso, encontraron una fuerte oposición de las

potencias occidentales, pero también de él se desligaron y se corrompieron, siendo entonces sus dirigentes aceptados por las potencias occidentales.

¿Existe solución para esta tragedia de los pueblos pobres? Sí, pero el camino es difícil. Ellos son fuertes en el momento de la revolución, cuando se movilizan y, muchas veces, se tornan heroicos, como estamos hoy viendo en el Medio Oriente.

Pero después pierden cohesión y abren espacio para el dominio de las viejas elites y de los intereses extranjeros. Es preciso que cada pueblo se constituya en nación y logre hacer valer su voluntad nacional, pero la pobreza y el bajo nivel de educación son obstáculos para alcanzar esto.

La alternativa es contar con un líder comprometido moralmente con la población, pero tal situación depende de la suerte o de la fortuna - una diosa amada, pero con la cual no podemos contar.

LA ONDA® DIGITAL